

terminar cruelmente muerto junto a un bus, cuando su nieto Reynaldo organiza la invasión del barrio que tendrá el nombre de Chibolo en la ciudad de Buenavista.

La historia, en su momento, se repite de modo diferente en Demetrio Lara, que muere en la locura colectiva que se da después del asesinato del caudillo político Félix Gabriel Chocontá (Jorge Eliécer Gaitán), que a través de una carta le había prometido darle tierra una vez llegara a la presidencia.

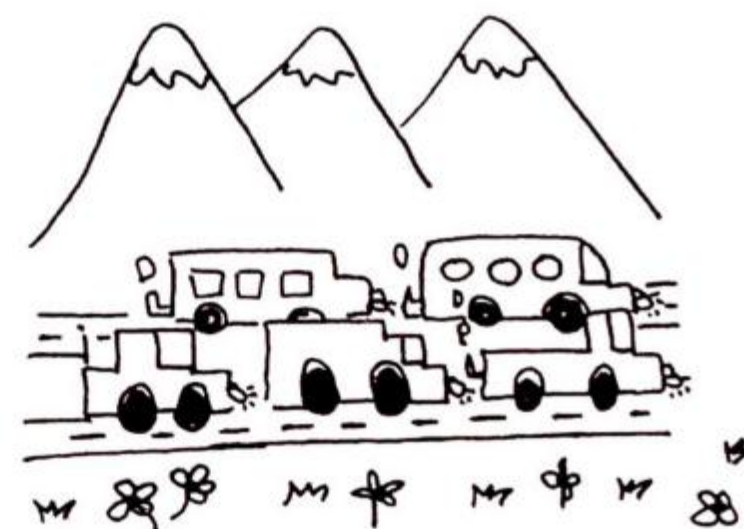
El horizonte bíblico no desaparece. El Caribe tiene también su Moisés. En este caso se llama Moisés Cantillo, conocido de igual modo como el Mono Cantillo, quien habrá de tener por mujer a Ana María Lara, hermana de Reynaldo. Marco Schwartz nos trae en este nuevo personaje la historia política más reciente de Buenavista. El entretrejo de la trama recrea a un personaje que nunca podrá ser lo que quiere, porque en su deseo de planear una invasión que les otorgue a los suyos la tierra prometida, termina en garras de Fadul, el típico político corrupto. Con este siniestro personaje de la política, queda al descubierto la maquinación, la trampa, apoyada con todas las de la ley, y el dramático uso que se hace de las necesidades populares. Es un gran tratamiento del tema que el autor logra sin caer en el pasquín. Fadul sabe del provecho electoral que puede obtener de unos colonos interesados en la invasión, por lo que contacta a ese líder natural que se va a meter en la peligrosa misión de llevar a los necesitados hombres a la toma de la tierra ansiada en Buenavista.

Como literatura, *Vulgata caribe* usa la historia contemporánea. Tiene el referente de los sucesos de la ciudad que la inspira, pero, más allá de los sucesos, el logro de la ficción se va por los caminos de esa gente anónima con nombre propio, con gracia y humor negro reconstruye a través de cientos de detalles la historia de seres que, a pesar de ser "los don nadie", integran el núcleo de lo social que desarrolla la novela. Los nombres bien puestos en generacio-

nes que establecen cambios patronímicos: desde Micaela Sampayo, pasando por Matilde Fonseca, hasta llegar a los que se toman de quién sabe dónde para terminar pareciéndose a cualquier cosa como río, película o suceso: Danubia, Evelsy, Neil y Anuar; las costumbres políticas bien recreadas con el lenguaje exacto que producen sus protagonistas: "Ahí el barrio con sus calles de tierra, sin agua, sin escuela, sin un culo, y eso que es mucho más antiguo que Chibolo. Y la gente sigue votando por Vergara. Mira, Mono, la gente necesita servicios y todo eso, no te lo voy a negar, pero lo que más necesita es que le metan entusiasmo" (pág. 226). Lo anterior es una frase propia del político corrupto. Pero más allá están los oficios establecidos que dan credibilidad a eso que de modo fantasmal se parece a un trabajo y que son el centro mismo de los sucesos. Pululan los vendedores del rebusque, esos que de cualquier modo buscan ganarse la vida; Belkys Ariza, por ejemplo, una vez realizada la invasión, extiende una esterilla frente a su casa para vender frutas abolladas que compra a bajo precio en el mercado; Minerva Esmeral y sus paisanos venden arepa de huevo a orilla de la Circunvalación, y otros se defienden vendiendo butifarras de cantina en cantina, o los que montan fritangas a las entradas de los cines.

Chibolo, el barrio tomado que representa la tierra prometida en la ciudad de Bellavista, no es más que la continuación de la miseria. Ahí están los colonos, sin nada, y en esa nada toda la fuerza de una imaginación que recrea personajes únicos como el gordo Altamar, un ser que tipifica todo el encanto natural de quien abre caminos variados para sobrevivir. Es el hombre de La Tres, esa cantina bailadero donde la novela replantea la vida en todas sus posibilidades y hasta donde los perros saben contar: "Los viernes y sábados a medianoche, cuando el gentío ya estaba medio borracho, apagaba de sopetón la música, pedía silencio, se colocaba en la cabeza un estrafalario sombrero de copa

y presentaba en mitad de la calle el espectáculo del perro sabihondo. Mirando fijamente a su perro, decía: Uno más dos; y el animal, un gozque albino llamado Blanquicet, abría con su pata tres pequeños surcos en la tierra" (pág. 215).



Vulgata caribe tiene la ambición de recoger la historia de un pueblo que hace protagonismo desde su escandalosa vida cotidiana. El perfil es el mismo, el común y corriente de quien araña todos los días desde que amanece hasta que anochece. Estos micromundos que con amplitud describe Schwartz, los trae a la novela para hacer una gran epopeya de la vida diaria, esa que pasa vertiginosa y conflictiva por encima de la historia oficial que recogen libros y periódicos.

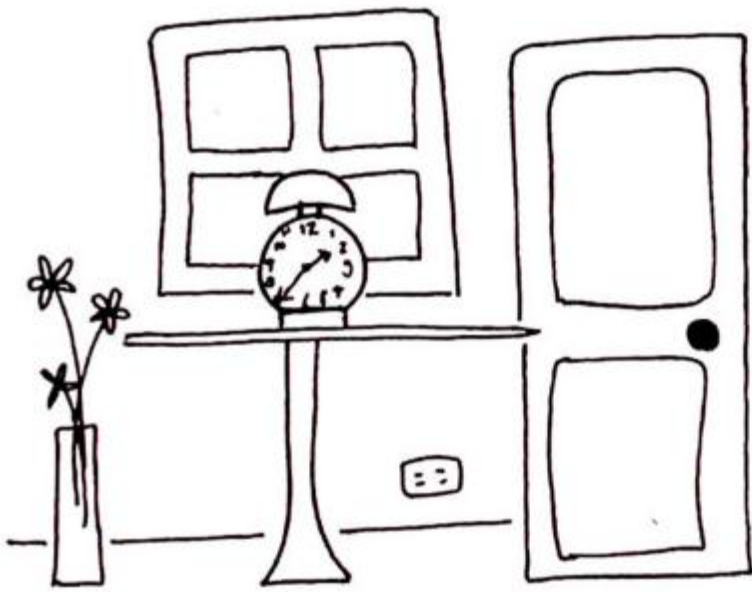
ÁLVARO MIRANDA

No diré quién es el asesino

Rubén Darío y la sacerdotisa de Amón
Germán Espinosa
Editorial Norma, Serie Literatura o Muerte, Bogotá, 2003, 151 págs.

La Editorial Norma ha tenido la buena ocurrencia de hacer una colección de novela negra. Teniendo en cuenta que éste, por lo general, es un género de entretenimiento —no estoy hablando de clásicos como Raymond Chandler o de Dashiell S. Hammett, quienes logran hacer del género un instrumento de

reflexión sobre la condición humana—, no está mal que sus productos sean obras hechas por encargo. Es más: pueden ser un estímulo para que los escritores saquen algún argumento de sus gavetas, se ganen unos cuantos rúcanos y de paso nos deparen unas horas de sabrosa lectura, de ésas para disfrutar mientras crepita el fuego y cae la lluvia y uno se arrellana en un buen sofá envuelto en una manta tibia. Tal vez de ahí, de esa posibilidad deliciosa de lectura, alguien tuvo la idea de bautizar la colección con un desafortunado nombre que hace una alusión infantil a las consignas revolucionarias de otras épocas y de éstas también: *literatura o muerte*. Los títulos publicados hasta ahora en esta serie son: *Adiós, Hemingway*, de Leonardo Padura Fuentes; *Camus, la conexión africana*, de Rafael Humberto Moreno-Durán; *El enfermo Molière*, de Rubem Fonseca; *Stevenson bajo las palmeras*, de Alberto Manguel; *Cinco tardes con Simenon*, de Julio Paredes, y otra más, sin título aún, sobre Alejandro Dumas, del premio Nobel portugués José Saramago. Todas prometen ser obras entretenidas y bien escritas, dado el nivel de los escritores invitados. La *nouvelle* que voy a comentar es *Rubén Darío y la sacerdotisa de Amón*, del escritor cartagenero Germán Espinosa.



En carta a un tal Manucho y fechada en Buenos Aires el 17 de noviembre de 1960, Ricardo Quintana, un hombre ya entrado en años, anuncia el envío de un manuscrito, para que lo juzgue y lo corrija, en el cual narra los acontecimientos lejanos de unos días pasados en la costa bretona, en Francia, cerca de Saint-

Malo, en compañía del poeta nicaragüense Rubén Darío. Ése, el pretexto para contarnos esa historia en la que el autor de *Azul* tiene un papel protagónico.

El escenario en el que suceden los acontecimientos de esta pequeña novela de Espinosa es una quinta llamada *Le Jardin des Âmes*, nombre que, como se verá, se ajusta más que bien a los hechos de esos días, y está regentada por el conde André de Pont l'Abbé, su flamante propietario. Alguien más acompaña a Pont l'Abbé: Camilo Basili, un amigo italiano, egiptólogo y excéntrico que no gusta de hacer vida social y que permanentemente está retraído en sus lecturas; Marilou de Lézignan, poetisa de cierta popularidad en su tiempo, y su marido. Otros personajes conforman la farándula de estas escenas: Hervé, el mayordomo; Marcel, el jardinero; Claudine, la cocinera. Mucho se habla sobre la transmigración de las almas, entre las copiosas libaciones del poeta y los paseos por las sugerentes alamedas de la quinta del conde, y se hacen unas sesiones de espiritismo bastante patéticas en las cuales hará de médium Madeleine, campesina de la región, de aspecto repugnante, que al entrar en trance acentúa su horripilante figura. Más tarde llegará el matrimonio Gressmann a engrosar las sesiones nocturnas de espiritismo. Una noche Rubén Darío logra hablar con Víctor Hugo. Entre las cosas que hablan, Darío le pregunta al autor de *Les misérables* en qué consiste la felicidad, a lo que Hugo responde que la felicidad es el trabajo. Queda en el aire la duda de si tan peligrosa idea es de Hugo, de Darío, o de Espinosa...

En aquellas vacaciones sucede un romance y también un crimen. No voy a ser desleal ni con el autor, ni con los lectores. Por lo tanto no diré quién es asesinado, ni por quién. Germán Espinosa cumple a cabalidad con las reglas de este tipo de obras: sabe hacer que todos los personajes de la historia estén de alguna manera implicados y que sobre cada uno de ellos recaigan sospechas, hasta el desenlace, y lo hace

con todo el rigor y con toda la tensión que deben tener estas narraciones. Pero ahí no está la gracia de este libro. No. La prosa de Espinosa ha sido siempre una prosa en la que percibimos resonancias de los autores de su predilección, cosa que por lo general le va muy bien a las historias que escoge. Pero en esta breve narración es donde uno descubre que Espinosa es algo así como un modernista a quien los temas escogen. No importa si los acontecimientos de esta obra tienen asidero en alguna anécdota de las tantas de la vida de Darío. Importa que tal vez no había habido un conocedor de su obra que tuviera tan presentes sus ritmos y sus giros y los pusiera a su servicio contándonos —en su propia lengua, por decirlo de alguna manera— un acontecimiento de la vida del poeta. Es Rubén Darío contado en clave de Rubén Darío, y eso no está nada mal. Porque, además, lo que logra es darnos una versión muy vívida de este poeta, a quien siempre hemos visto como en un pedestal. Ése es para mí el mayor mérito de esta obra: que logra darnos la visión de un Rubén Darío de carne y hueso, pero que se desplaza al son de sus propias cadencias. Obviamente, Espinosa, que sabe de memoria la obra de Darío, adoba suficientemente con versos del poeta toda la narración.



No es la primera vez que el autor de esa catedral que es *La tejedora de coronas* incursiona en estos divertimentos y se adentra en este género. Ya hace algún tiempo nos presentó *La tragedia de Belinda Elsner*, también un *thriller*, sólo que

en esta oportunidad nos brinda una obra mejor lograda en la que, como siempre, nos apabulla con su conocimiento en áreas insospechadas. Aquí su erudición en temas como el de la música y el de la química, por ejemplo, es realmente pasmosa.

Germán Espinosa brinda con esta pequeña joya a sus lectores no sólo un rato de lectura amena y entretenida, sino una ficción vibrante de quien fuera *padre y maestro mágico* del modernismo.

Volviendo sobre la colección, me gustaría comentar algo sobre los libros mismos: está muy bien que en una serie de novela negra los hechos y los destinos de los personajes sean azarosos, pero la cosa no puede extremarse hasta hacer del libro mismo una baraja y que salgan volando las páginas desprendidas del caballete como aves de mal agüero. Al menos eso le sucedió a este reseñista con el ejemplar que le fue suministrado. Algo pasa en los talleres.

FERNANDO
HERRERA GÓMEZ

Esta es la historia de Reinaldo Aguirre Palomo

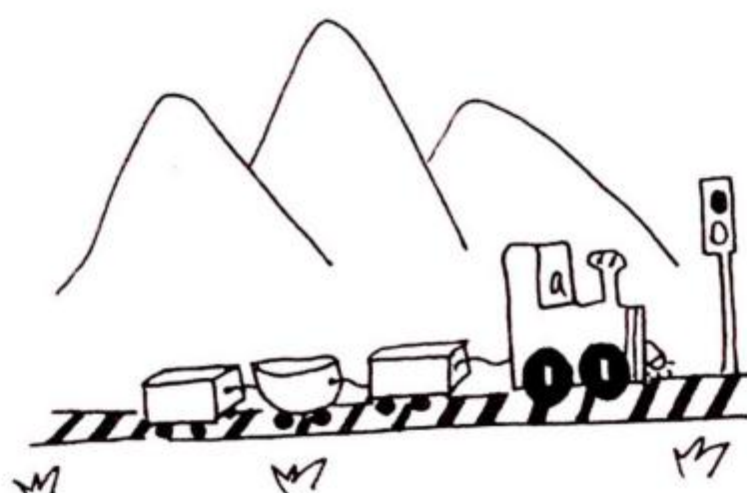
Crónica de un bandido legendario

Eduardo Santa

Editorial Códice, Bogotá, 2004,
138 págs.

Yo no me acuerdo cuándo leo los prefacios y las presentaciones de los libros, si antes o después de la pulpa propiamente dicha, pero los tengo como un platillo siempre aparte, no me aburren ni los desprecio como el sobrante de las obras. Claro, a veces son chocantes o mal escritos o laberínticos. En esos casos, uno no los termina, y listo. Extrañamente, sin embargo, ocurre que un buen libro tenga un mal prefacio o una introducción de algún pelmazo.

Crónica de un bandido legendario (una "crónica novelada", para utilizar un término un poco arbitrario), de Eduardo Santa, tiene dos de esos paratextos que, ahí mismo, me han llamado la atención, y por eso los menciono, antes de hablar de mi lectura.



Uno es la presentación de la colección Biblioteca Libanense de Cultura (a la que pertenece este libro), a manos del alcalde de esa población, Laurentino Malagón, donde, antes de algunas líneas de otros floripondios, suelta esta perla: "Cuando Isidro de la Parra tradujo el *Manual de la filosofía del ser*, de Herrensneider y lo publicó en la modesta imprenta que hizo parte de la fundación del Líbano, se comenzó a vislumbrar lo que luego se convertiría en uno de los pueblos en el mundo que más escritores por habitante tiene, de acuerdo con los estudios y estadísticas que sobre el tema ha realizado uno de ellos, Carlos Orlando Pardo [...]" ("En Chile, le había escuchado a un escritor de allá, uno levanta una piedra y sale un poeta"). El dato es un poco escalofriante, de lo puro ingenio y "colombiano".

En el "A manera de prólogo", que hace Jaime Mejía Duque, las cosas no mejoran mucho. Es una carta al autor, que encabeza con un "Doctor..." que ya nos instala en el fastidioso mundo de los protocolos, los formalismos y las frases hechas. Y así discurre este prólogo, nunca un comentario suelto, literario, divertido. Pura alabanza con dejo de provincianismo impertérrito.

Crónica de un bandido legendario es la historia de Reinaldo Aguirre Palomo, un campesino del Líbano (Tolima), que en los años treinta se constituyó en una leyenda gracias a

que se hizo un rebelde e intrépido asaltante de caminos, ladrón de ganado, saqueador de haciendas y de casas de ricos, y un largo etcétera, botines que repartía a manos llenas entre pobres y campesinos de aquella población.

Como toda leyenda que se respeta, la del Palomo (remoquete que se ganó por su capacidad de volar lejos en los momentos de mayor peligro) creció ayudada por la fantasía de todos los que se beneficiaban de sus andanzas y que veían en él un salvador, un héroe, un espíritu protegido por fuerzas del más allá, un Robin Hood.

Entre las acciones que más fama le dieron a este personaje se encuentran los asaltos al cable aéreo Mariquita-Manizales, al ferrocarril de La Dorada y a la fábrica de cigarrillos Casa Inglesa. Su fama de héroe iba aparejada a la de enamorado de muchachas y a la de contar con una infalible puntería con el revólver. Los periódicos y la radio no hablaban de otra cosa y la policía y el ejército se movilizaban permanentemente en busca de la leyenda.

Bandido fue el nombre que se le dio en Colombia a éste tipo de asaltantes por aquellos tiempos, y hoy es una palabra que oímos con frecuencia en boca de soldados y generales para referirse a los guerrilleros, en un juego de roles que, sustancialmente, no ha variado mucho, excepto la fama de que la guerrilla, hoy en día, ya no es generosa con los pobres. No en vano en el país afloró prolijamente el prototipo de estos rebeldes con causa, cansados de ser resignados campesinos a la espera de repetir la pobre vida de sus padres, sólo que el paso de los años fue agregando nuevos ingredientes, y esos asaltantes con espíritu bienhechor fueron encontrando alicientes ideológicos (los bolcheviques, los cubanos, los chinos, Vietnam, etc.) hasta convertirse en las facciones de izquierda y de la guerrilla que hoy conocemos, con un largo historial, también resabido.

El relato que hace Eduardo Santa (Líbano [Tolima], 1927), del cual lo anterior es una rapidísima ojea-